

DOSIER

Historiografía y dictaduras. Una mirada internacional

Coordinado por

EDUARDO ACERETE DE LA CORTE

Olaf Blaschke, Margherita Angelini,
José Manuel Guedes de Sousa, Alba Fernández Gallego,
María José Solanas Bagüés y Patricia García-Montón González

La revisión de los momentos más traumáticos de los distintos pasados nacionales en Europa ha llevado aparejada la propia revisión de sus aspectos ideológicos y culturales. Si desde la conformación de los estados nación la historia adquirió un lugar preponderante en la legitimación de las nuevas políticas, de los nuevos estados y de las sociedades que los sustentaban fue, sobre todo, bajo las distintas dictaduras que asolaron Europa donde los principios de la profesión que se había ido asentando desde el siglo XIX se forzaron hasta el extremo.

Los regímenes dictatoriales que desde la década que se inauguró hace un siglo se impusieron en el viejo continente echaron la vista hacia el pasado tanto en su gestación previa a la toma del poder como durante el proceso de redefinición ideológica que supuso su ejercicio. Si se pueden rastrear elementos y justificaciones de corte historicista en la conformación de los distintos proyectos fascistas o autoritarios, su despliegue real se produjo, en toda Europa, cuando la expulsión de parte de la comunidad nacional abrió los caminos para la imposición de un metarrelato unívoco y excluyente del pasado. Conviene no olvidar que al igual que la instauración significó imposición, la exclusión o el aniquilamiento, estas se asentaron sobre una amplia colaboración social que permitió no solo su consolidación sino la aplicación de las políticas represivas y de censura.

A esa colaboración no fueron ajenos los historiadores. La comunidad profesional sufrió una fuerte depuración por parte de estos regímenes y la labor de quienes apoyaron abiertamente o simplemente se adaptaron a ellas se puso rápidamente al servicio, mayoritariamente, de las líneas historiográficas que sustentaban las dictaduras. Y fueron

responsables, a su vez, de las censuras de campo que se establecen en cualquier disciplina científica aunque, en este caso, con una clara injerencia de los fundamentos e ideología de los nuevos estados.

El lugar que los historiadores ocuparon bajo estos parámetros en los pasados dictatoriales ha sido motivo de atención de la historiografía en la Europa reconstruida tras la II Guerra Mundial. La relación de las distintas comunidades de historiadores una vez recuperados los márgenes de libertad propios de un estado democrático con sus pasados traumáticos, y la actuación de quienes les precedieron en la profesión de historiador bajo las dictaduras, ha sido diferencial. Más allá de las particularidades nacionales y la evolución específica de cada estado, en las que se conjugan tanto el propio final de los procesos dictatoriales como la forma y los principios en los que se levantaron las nuevas democracias, parece que ha marcado el desarrollo y la profundidad de los estudios que contemplaron de manera crítica el papel de los historiadores, y el de la Historia, bajo las distintas dictaduras ultranacionalistas, autoritarias o fascistas.

Es por eso que, dependiendo del lugar de procedencia de cada uno de los autores que toman parte en este dossier, los temas tratados, y los trabajos previos sobre los que se sustentan, reflejan esa diversidad. Si la comunidad de historiadores alemanes ha sido quien de forma más serena y aceptada ha permitido emprender un estudio del pasado de la profesión, observamos en el artículo del Dr. Olaf Blaschke cómo su objeto de estudio trasciende el carácter situacional de una historiografía encorsetada, intervenida y de servicio al estado nacional-socialista para adentrarse en una problemática más amplia.

Por otro lado, la Dra. Angelini nos entrega un gran texto centrado en el análisis de los centros locales sobre los que se sustentó, controló y reorientó la actividad historiográfica bajo el fascismo. Algo que nos permite no solo adentrarnos en la complejidad del entramado institucional de la dictadura mussoliniana sino comenzar a establecer elementos de comparación entre lo acontecido en Italia y los primeros modelos de centros de alta cultura que se crearon en la España de los años cuarenta.

Y en cuanto a acercamientos sobre historia de la historiografía internacional contamos también con la aportación de José Guedes de Sousa, que nos entrega una panorámica sobre los límites de la historiografía portuguesa bajo el Estado Novo de Salazar. En ella se ven no sólo las líneas generales de evolución de la historiografía portuguesa durante más de medio siglo sino distintos aspectos de similitud y diferencia con la historiografía española bajo el franquismo.

Relacionados con el caso español tenemos los tres últimos textos que dan buena cuenta de las líneas de investigación que está siguiendo

la historia de la historiografía en España. El de Alba Fernández Gallego nos lleva a la construcción del que había de ser el principal elemento de organización y control científico del franquismo. A través del CSIC y uno de sus institutos de historia la autora lleva a cabo un repaso sobre el lugar que ocupó el americanismo en la legitimación de los idearios fascistas y, sobre todo, nacionalecatólicos y cómo se produjo su primera institucionalización.

Después, María José Solanas se adentra en una realidad a veces olvidada de la historia de España como es el exilio. Analiza Solanas la historiografía española que debió abandonar el país tras la derrota militar de la República pero que continuó mirando a la patria perdida desde los márgenes universitarios de América y Europa. Y lo introducimos porque formó parte de la historia paralela de España, la historia de la diáspora, que no sólo continuó mirando al pasado nacional, debatiendo sobre él y enriqueciéndolo, sino que fue la única prolongación real con la historiografía liberal que el franquismo barrió dentro de nuestras fronteras. Un artículo necesario más cuando tanto se buscan líneas de continuidad de un liberalismo expurgado y aniquilado en la España franquista que pervivió, con sus líneas interpretativas y su concepción de la profesión proveniente de la profesionalización de la historiografía española, en las tierras y centros de investigación y enseñanza que acogieron a aquellos hombres que perdieron su patria.

Por último, de la mano de Patricia García-Montón, tenemos un texto centrado en la historia del arte en España bajo el franquismo. Es un artículo de sumo interés en el que se observa la evolución de la disciplina en España y, a su vez, los pasos que a nivel europeo se van dando en la legitimación histórica de lo que, tras décadas de acuerdos económicos y políticos, ha venido a convertirse en la Europa que hoy conocemos. Interesa, además, por la ingente documentación que a lo largo de diversos años ha recopilado y trabajado la autora, saliendo de la memoria profesional que tanto predomina en este campo de estudio y sentando las bases para un estudio de la historia de la historiografía del arte, con las herramientas del historiador, que pronto seguirá dando frutos de interés.

Somos conscientes, además, de que faltan procesos dictatoriales que no son atendidos. Es el objeto de este dossier atender principalmente a las dictaduras fascistas y autoritarias que asolaron Europa y que tomaron forma entre la década de los veinte y el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Quedan por tanto fuera otros procesos en Europa del Este y todos aquellos surgidos tras 1945, como la RDA. Pero el espacio es limitado y la coherencia del dossier es esta.

Sin poder alargarnos más, en lo que no debe ser más que una breve presentación que justifique el contenido y la forma del presen-

te dossier, es preciso señalar que este no habría podido tener lugar sin el trabajo que durante años se ha realizado en torno al Seminario Juan José Carreras de historia de la historiografía de la Institución Fernando el Católico. Algunas de las aportaciones aquí presentadas ya fueron, en sus primeras fases, expuestas en este entorno y, a su vez, el desarrollo de contactos y colaboración con las historiografías europeas no habría sido posible sin su paraguas. Esperamos, solamente, que el presente dossier pueda contribuir en algo a mantener y a estimular los estudios de historia de la historiografía de los que la Universidad de Zaragoza sigue siendo un puntal de referencia.